

ESTER

MATTE

10(639-43)



COLECCION EXTREMO SUR

# LA HIEDRA

© Ester Matte A., 1958  
Inscripción N° 20884

Compuesto con Bodoni 12/18  
e impreso en las prensas de la  
Editorial Universitaria, S. A.  
Ricardo Santa Cruz 747, Santiago, Chile.  
Proyectó la edición Mauricio Amster.

ESTER MATTE

LA

HIEDRA

Colección EXTREMO SUR

1958

ESTER MATTE

HIEDRA

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CONTROL

Colectivo Extranjero  
1958

Inspección de Imp. y Bibl.

10 ENE 1959  
Depósito Legal

# INDICE

LA HIEDRA, 11

EL RODEO, 21

SAN EXPEDITO, 67

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CHILENA



EN EL AMBIENTE se respiraba un aire que hacía fluir en la sangre el espíritu de la tierra. Desde lejos el viento traía las notas de las guitarras que se afinaban para dar bríos a cuecas y tonadas.

Todo estaba preparado para el rodeo. Las banderitas chilenas que flameaban en los postes de la media-luna eran el anuncio de las fiestas patrias en la hacienda.

El 18 de Septiembre se dedicó a los preparativos para la celebración que se llevaría a efecto el 19. Uno a uno llegaban los huasos con sus mantas multicolores, sus cabalgaduras ataviadas y sus miradas desafiantes. Se oían las últimas disposiciones de los capataces:

—Hazle una cerca al tordillo, niño; no se te vaya a escapar en la noche —gritaba Juan Guerrero a un mozo alto de sombrero alón.

Además de Guerrero se divisaban, entre otros, el maestro Ayala, Don Vicho, José Torres y Manuel Aguilera. Todos sentían en ese instante la misma expectación que demostraban sus rostros, ávidos de

lanzarse al torneo para demostrar su destreza y conquistar el triunfo apetecido.

Se dispuso que algunos animales pernoctaran en los alrededores de la pista, a cargo de un nochero. Eran aquellos que pertenecían a los habitantes de los cerros. Viviendo distanciados por muchos kilómetros del centro de la vida del fundo se conectaban a ella periódicamente para celebrar el 18 de Septiembre, cumpliendo así un ritual que les daba ánimo para seguir al margen del mundo por el resto del año. La lejanía se transparentaba en ellos con un sentido de innato desapego. Eran generalmente los más audaces para ro-

dear y los demás los admiraban con cierto temor.

En el potrero, dando la espalda a las improvisadas tribunas, algunas mujeres circulaban con aire de buscar un objeto perdido. Estaban sencillamente ubicando un sitio para instalarse con sus ventas de empanadas, pan amasado o salpicón de bollas.

Tampoco faltaría el tinto: ya las damajuanas habían entrado clandestinamente en acción.

La enorme extensión de terreno que formaba la hacienda, ubicada en pleno valle central de Chile, era propiedad de una sociedad anónima, cuyos principales accionistas residían

en Santiago. Delegaban su confianza en el administrador, un hombre frío y calculador, hijo de alemanes, a quien los inquilinos llamaban “el gringo”.

Pero, por suerte para ellos, existía don Guillermo, el mayordomo. Este era de carácter bondadoso, demostrando junto a cierta innata sagacidad un profundo sentido humano, el que lo llevaba a alternar con los campesinos, viviendo sus alegrías y dolores. Formado en el campo chileno, le conocía sus más recónditos secretos, absorbiendo desde la raíz el melancólico fatalismo de sus hijos.

Su cabellera blanca emerge como superpuesta desde los pliegues de

la vistosa manta que generalmente cubre sus espaldas, creando una combinación muy especial dentro de la típica tenida de nuestros huasos. Sus lentas pisadas se hunden firmes en la tierra, pero clavan en el espacio el suave tintinear de sus espuelas. De la serenidad de su voz fluye una extraña sensación de paternidad. Hombres, mujeres y niños pronuncian su nombre con respetuoso cariño. Su presencia les infunde ánimo y confianza. Saben que constantemente los defiende de los arrebatos del administrador y que en esta oportunidad tampoco había faltado su mediación en favor del rodeo, porque cuando "el gringo" conoció

el proyecto quiso intervenir de inmediato para frustrarlo. Se dirigió al mayordomo con notoria brusquedad:

—He oído, don Guillermo —comenzó— que la gente anda con ganas de armar una parranda para el “Dieciocho”. ¡Todos los años es lo mismo! Flojos que son y todavía quieren dedicarse a la tomatina . . . Ud., como mayordomo, no debía consentirlo. Sea firme . . . Con su actitud condescendiente nos debilita la autoridad. Si a esta gente no hay que darle cancha. Eso es para que se lo monten de inmediato . . .

El mayordomo lo escuchaba con aparente indiferencia. Socarrona-

mente optó por contestar haciéndose el que ignoraba el sentido de lo que oía:

—¿Parranda, dice Ud.? Nadie ha hablado de eso. Al contrario, me han venido a decir que prefieren no ir a las ramadas del pueblo. Les quedan lejos y les cuesta para volver. ¡Ahí sí que se pierden por varios días! Es por eso que han solicitado la medialuna para efectuar el rodeo.

—Por lo demás —agregó, dando un tono de firmeza a su voz—, como todos los años se ha hecho así, yo les he dado el consentimiento y cumpliré el compromiso con ellos.

El gringo quiso montar en cólera, pero midiendo hasta donde no le

eran conveniente enemistarse con el mayordomo, que era muy apreciado por uno de los dueños, prefirió abordarlo en un tono que al comienzo fue burlón:

—Me admira su inocencia, don Guillermo. ¿Rodeos, no? —y luego alzando despreciativamente la voz, agregó: —Pues bien, yo parto con mi familia a pasar el “Dieciocho” fuera y Ud. queda a cargo de los desastres que ocurran. ¡Creer en estos rotos malagradecidos! —Como para dar énfasis a su actitud se puso de pie y abandonó la oficina. La fuerza con que marcaba sus pasos fueron el índice de su ira contenida.

Olímpicamente partió, como lo

había anunciado, mientras don Guillermo continuaba impasible en el desempeño de sus labores, preocupándose especialmente del rodeo.

Esa tarde de la víspera, se acercó lentamente a la medialuna, dirigiéndose hacia un grupo donde se discutía animadamente:

—¿Está todo listo, niños? —preguntó.

—Sí, patrón —contestó Guerrero—, pero me tinca que vamos a andar con la mala . . .

—¿Le tienes miedo al norte?

—Es que está corriendo tan fuerte —interrumpió Manuel Aguilera, el capataz mayor.

—Al mal tiempo, buena cara

—dijo al mayordomo, y continuó su camino aparentando cierta indiferencia.

El anunciado cambio atmosférico no dejaba de inquietarlo. Siendo el principal organizador de la fiesta, sentía recaer sobre sí el peso de la responsabilidad. Ordenó matar una vaquilla para asarla al palo y varios pollos que servirían para la cazuela, además de haber dado otras instrucciones que hacían marchar a todo el fundo bajo el ritmo del festejo.

Triste y pensativo volvió don Guillermo a su casa, situada frente a la medialuna, incrustada en el bloque de construcciones de la administración. Trató de amortiguar su in-

quietud haciendo algunos llamados telefónicos al pueblo. Luego pasó a la oficina. Empezó a redactar la correspondencia que tenía atrasada. Había escrito algunas líneas cuando oyó los primeros goterones que caían sobre el vidrio de la ventana. Golpearon tan fuerte que repercutieron en su ánimo, inundándolo de tristeza.

Avanzó entonces hacia la puerta y constató que ya se había desencadenado una lluvia tupida y persistente.

Eran alrededor de las 6 de la tarde y había oscurecido. Los árboles se mecían con furia. En la atmósfera un dolor oculto se filtraba a tra-

vés de la espesura, clavándose en el corazón. No quedaba más que tomar la determinación: se suspendería el rodeo.

¡Todos los preparativos empezaban a ahogarse en la tristeza de ese Dieciocho de Septiembre!

Cuando don Guillermo llegó a la medialuna para dar la orden, quedaban ya muy pocos enfrentando al aguacero. La resolución no tomó a nadie de sorpresa.

Era un anhelo más que se esfumaba, como tantos de los que se les iban diariamente, apresándolos en el ritmo sordo de sexo, alcohol y muerte que daba forma al monótono transcurrir de sus vidas.

Sin embargo, esa tarde, la tensión del ambiente no lograba disolverse. Era lo que quedaba del rodeo: el ánimo listo y la esperanza frustrada. El primero que decidió la situación fue Guerrero con su anuncio:

—Me voy al pueblo a pasar la pena.

Los demás lo miraron con cierta comprensiva complicidad. Para Guerrero, Quillapu, el pueblo, tenía un especial atractivo y todos lo sabían.

María Inés, joven de esplendorosos veinte años, aprisionaba fuertemente el instinto cincuentón del capataz.

Don Guillermo sonrió con cierta

picardía. José Campos saltó entonces con la observación precisa:

—Le tienen embebidos los sesos a don Guerrero.

—¡Eso es vida! —dijo Aguilera, mozo joven, impetuoso y arrogante, cuya apuesta figura hacía estragos entre las niñas de la comarca. Sus palabras fueron las últimas que se oyeron.

Múltiples pisadas que chapoteaban en el agua eran el símbolo de la disolución del grupo.

Guerrero decidió pasar por su casa antes de partir al pueblo. Sentía ciertos remordimientos frente a Cenobia, su mujer, los que lo llevaban siempre a despedirse de ella con un

adiós turbado y poco convincente, que empapaba en lágrimas las pupilas de la compañera.

Ella era infinitamente paciente y silenciosa, poseedora de esa bondad ancha y profunda de las mujeres del campo. Su sencillez le hacía querer en Guerrero al macho que otrora despertó su sensualidad y al marido que era el amo y señor de su casa, el padre de los hijos, el continuador de la raza.

Guerrero también la quería, pero era su amor un sentimiento dormido por el tiempo y la convivencia. Su espíritu aventurero, gastado por el trabajo, se nutría con nueva savia en el romance que le hacía sentir su

juventud de años lejanos. Tal vez era el recuerdo de su propia mocedad lo que más le atraía en la jovenzuela. Ella le despertaba, al mismo tiempo que un instinto salvaje e inconsciente, una nostalgia oscura e insatisfecha, que se fundía en un solo clamor de vida desesperada.

Cuando entró a la rancho esa tarde, encontró a Cenobia sentada junto al brasero. La acompañaba doña María, vecina cargada de años, que repartía las experiencias de su ancianidad entre las múltiples amistades de la hacienda. Ese día partió temprano doña María. La tristeza de la mujer postergada le producía un sentimiento de lástima que la impul-

saba a manifestarle cierta protección. Además, supuso que los preparativos del anunciado rodeo tendrían a todo el mundo enfiestado. A ella los años la desprendían del bullicio y la acercaban más hacia el dolor. Con su amiga podría conversar sobre temas sin importancia, dejando pasar el tiempo entre recuerdos y añoranzas.

Uno de los hijos acompañaba también a Cenobia. Era el menor y por lo mismo el regalón. Rafael representaba para ella el último símbolo efectivo de su unión con Juan.

Guerrero saludó con un gesto lejano que traducía más el deber que el afecto.

Cenobia lo abordó de inmediato:

—Buenas noches, Juan. Pensaba que ya no vendrías por la casa.

El respondió tratando de dejar en claro su proyecto:

—Vine a dar una ojeada y me voy.

No se dijeron nada más, pero Cenobia comprendió. El silencio que se produjo hizo reaccionar a doña María, que se explayó sobre el mal tiempo.

—Fracasó el rodeo, doña Mariúta —dijo entonces Guerrero, tratando de ahuyentar las sombras de dudas y sospechas que flotaban en el ambiente, estrellándose contra los ado-

bes de las envejecidas paredes de la habitación.

—Debe ser ese gringo del diablo el que nos trae el chuncho —observó la anciana con cierto tono evasivo.

Luego, dirigiéndose a Cenobia, empezó a relatar largas historias de rodeos. Eran series sucesivas de éxitos y fracasos que emergían desde la lejanía, coloreados por las reminiscencias de la anciana.

Guerrero aprovechó que el monólogo se alargaba para retirarse en silencio. Tal vez así disimularía su ausencia, pero la puerta de madera lo denunció con un golpe seco. Doña María continuaba sus historias. Doña Cenobia asentía sin poder dejarse

llevar por el hilo de la conversación. En su corazón sólo vibraba el golpe de la puerta al cerrarse. Un dolor impreciso que fue paulatinamente convirtiéndose en ahogo la dominó por entero.

Eran alrededor de las 9 de la noche y la soledad del campo caía lenta y grave sobre los espíritus.

Doña Cenobia decidió interrumpir a su amiga:

—Mariíta, prefiero acostarme ahora, el desasosiego no me deja; quizás durmiendo se me pase.

Doña María enmudeció sin poder disimular la tristeza. Se quedó un rato pensativa y luego resolvió, en vista de la lluvia y los pesares de su

vecina, quedarse a dormir junto a ella. Frecuentemente lo hacía, reclinándose a los pies de la cama del matrimonio. Su cuerpo, encogido por los años, no ocupaba mucho espacio.

Cuando Rafael vio a las dos ancianas sumirse en el silencio de la noche, optó por tirarse sobre el montón de sacos de crin que le servía para dormir. Su cuerpo lacio se debatió largo rato con la vigilia, hasta que el sueño se impuso. La sombra de la vela que se proyectaba en la pared se hizo cada vez más tenue, hasta desaparecer.

En las ranchas vecinas, también los moradores recogidos entraban al

reino de las tinieblas, aparentemente sin hacer ruido.

Sólo a lo lejos se divisaba una lucilla que parecía ahogarse en la distancia. Era la casa de don Guillermo. El estaba despierto generalmente hasta tarde. Aprovechaba la calma nocturna para leer diarios y revistas. Ese día, como de costumbre, ordenaba algunos papeles en su escritorio, cuando vio irrumpir súbitamente por la puerta lateral que aún estaba sin llave, a doña Norma, la profesora de la escuela.

Estaba demudada. Su figura descompuesta se acentuaba por la transpiración leve que le cubría el rostro. Era como el respirar de su nerviosis-

mo. Su voz entrecortada solicitaba el teléfono:

—El doctor, don Guillermo . . . rápido . . . tiene que venir . . . parece que está muerta . . .

El mayordomo no se atrevía a interrumpirla. La palabra muerte mantuvo en suspenso la duda, provocando una extraña tensión. Únicamente atinó a marcar el número telefónico que ella dictaba.

Se oyó una conversación leve y el desenlace que se tradujo en una mueca de tristeza.

Una voz contestó que el doctor estaba operando. Era el único médico del pueblo y su presencia era re-

querida por todos los enfermos de la localidad.

Empezaba Norma a sentir que todo estaba perdido. Colgó el fono con un gesto de abandono que le permitió explicar en parte lo que sucedía:

—Estaba durmiendo —empezó— cuando sentí golpes en mi ventana. Era Rafael, el hijo de Juan Guerrero. Decía que su madre roncaba de una manera extraña, en vista de lo cual doña María, la del bajo, la había sacudido para despertarla, sin obtener respuesta.

Silenció un momento su relato, aparentando tomar fuerzas para continuar.

—¿Por qué le tocaban a ella estos afanes?— La respuesta parecía provenir de la sencillez de la gente del campo, que suele mezclar al saber de la profesora una especie de magia, ejercido por ese horizonte de letras que ellos apenas dilucidan y que respetan como algo superior. Ella ponía inyecciones, curaba heridas, oía las quejas de las mujeres abandonadas y llevaba hasta el matrimonio a una que otra pareja rebelde a las instituciones, ejerciendo el complejo papel de maestra, visitadora social y enfermera. Junto a don Guillermo constituían los pilares en los cuales se refugiaba el abandono

de esos seres perdidos en la distancia de su miseria.

El mayordomo cortó el silencio meditativo de doña Norma para preguntarle:

—¿No fue ella la que tuvo ese ataque tan raro la semana pasada?

Empezó entonces a tomar posesión de su memoria ida por la emoción y buceando en el recuerdo replicó como preguntándose a sí misma:

—¿Sabe que Ud. tiene razón? La Cenobia estuvo mal la otra semana. El doctor dijo que era histeria.

—Tal vez es eso —replicó don Guillermo. —Y ahora con el 18 la

pataleta puede ser peor. Ud. conoce a Juanito . . .

—Sí, pero esta vez parece ser distinto, según el niño, ella no respira, —argumentó la maestra con cierta desazón—. Le han puesto el espejo y no se empaña.

Este argumento convenció a don Guillermo decidiéndolo a ir hasta la casucha de Guerrero. Se puso la manta, cogió su linterna y partió rápido hacia el sitio del drama.

Cuando llegaron, doña Cenobia yacía yerta sobre su cama, sin dar la menor señal de vida. Junto a ella, varios vecinos atónitos, contemplaban mudos el espectáculo.

El rumor de lo acaecido se ha-

bía propagado por el fundo a pesar de la noche y del sueño.

Todos esperaban el desenlace del suceso. Pero el silencio de doña Cenobia no tuvo desenlace.

Era la muerte la que había paralizado su corazón entristecido por el sufrimiento.

Se produjo un instante de trágica expectación cuando alguien preguntó por el dueño de casa:

—¿Dónde está Juan?

—Fue al pueblo, contestó el hijo, como descifrando un enigma que parecía no tener solución.

—Hay que ir a buscarlo —dijo Ayala— que recién llegaba y luego agregó, decidiéndose:

—Yo mismo iré.

Poco después se sentía el galopar de su caballo que se perdía velozmente en la noche.

A esa misma hora, por el camino de regreso del pueblo, una sombra se desplazaba lentamente. Era Juan Guerrero, que incorporaba agradables recuerdos en el vaivén de su cabalgadura, que en los campos subraya el ritmo de las cambiantes emociones humanas.

Volvía de su acostumbrada visita. El encuentro fue especialmente tierno aquella noche. La efervescencia dieciochesca se había incorporado al romance dándole un aire primaveral. Efusiones y promesas se

entremezclaron en una euforia que exaltaba sus ansias de hombre diariamente conectado a la tierra.

No lo distrajo el sentir los lejanos galopes que se acercaban. Sólo cuando Ayala lo enfrentó dándole las buenas noches, pudo volver a la realidad del momento.

—¿A dónde va a esta hora y con este tiempo maestro Ayala?

—A buscarlo pues . . .

—¿A mí? —inquirió preocupado el capataz.

Ayala no pudo contener la noticia. Movidó por la torpeza de su propia emoción la lanzó brutalmente:

—Doña Cenobia está tiesa y no

ha habido forma de volverla. Parece que se murió . . .

La fuerza del impacto dejó a Guerrero sin respuesta. Sólo atinó a clavar hondo las espuelas a su pingo, el que partió como flecha incontenible. Detrás le siguió Ayala. Fue una carrera loca que hacía temer por los jinetes, pero la ansiedad era mayor a cualquier riesgo.

El primero en llegar fue Juan. Se bajó lentamente del caballo con un gesto de profundo cansancio. El dolor le pesaba demasiado.

Era una amargura súbita que se clavaba en las profundidades de su ser, removiéndolo todo el lógamo del pasado. Años de amor, de compañía

y de abnegación se presentaban con relevante nitidez, cobrando el imperioso poder de lo actual e irremediable.

¡Y él no estuvo ahí! . . . Más aún; su conciencia le revelaba una causa oscura y profunda que lo atormentaba, provocándole una angustia sorda cuya expresión fue el llanto amargo en que irrumpió.

Sollozando cruzó la puerta de la habitación hasta llegar junto al cuerpo inmóvil. Suplicaba perdón a través de lágrimas que inundaron el rostro helado de la muerta. Así estuvo hasta que el remordimiento se aplacó, vaciándose el corazón de ese torbellino confuso de terror y me-

lancolía. A su alrededor nadie se movía.

Fue al amanecer cuando don Guillermo dio las primeras instrucciones, que empezaron algunos a movilizarse para iniciar el velorio.

Los comistrajos que se habían preparado para el rodeo se trasladaron a la rancha de Guerrero. En la medialuna aún quedaban las banderitas de la víspera, ahora lacias y tristes. Algunas levantaban levemente sus puntas incorporándose al viento que las mecía. Eran parte del alma del rodeo que penaba su fracaso. Al verlas tan abandonadas José Campos tuvo una idea y la sugirió a Ayala que lo acompañaba:

—Oiga maestro, ¿qué le parece si le llevamos las banderitas a la finada?

A Ayala se le iluminó la mirada. Sintió renacer su mente cansada por la emoción y el desvelo.

—¡Ahí tienes —dijo— velorio de dieciocho es mejor que sea bien a la chilena!

La autenticidad del gesto disminuyó la sordidez del ambiente, transformando el dolor en un sentimiento más suave de conmovedora ternura.

El espíritu del rodeo sobrevivía aún, imponiéndose a través de la muerte. Si bien había perdido su prometida alegría, conservaba intac-

tos los oscuros anhelos, traducidos con sencillez por los hijos de nuestra tierra, que sufren y ríen con el mismo dejo de amargura.

Alrededor del ataúd de doña Cenobia las velas reflejaron con su mortecina luz el colorido de las banderas, que llevaron hasta el tétrico aposento un nuevo resplandor.

Alguien empezó entonces a rasguear las cuerdas de una guitarra cuyos sones parecían emerger a través del polvo de los rincones. Una voz aguardentosa de mujer entonó un canto fúnebre, de tristes lamentos, que despedían a la difunta.

Las copas entrechocaban los brindis destinados a matar la pena. Juan

Guerrero requerido a beber, rechazó con dignidad. Trataba de conservar su soledad sin perder contacto con el grupo que lo rodeaba, pero a medida que avanzaba el día, ésta se le fue haciendo tan intensa, que terminó por traspasarlo más allá de su voluntad. Era algo que lo despedazaba casi sin lucha, derrotándolo paulatinamente.

No podía ser . . . Puso en juego sus últimas reservas pero fue en vano. Repentinamente se incorporó. Parecía presionado por un secreto instinto. Su voz se oyó clara y segura:

—Oiga compañero, —dijo diri-

giéndose al maestro Ayala— pásame un traguito para levantar el ánimo.

—Quiere largarse a tomar el viudo —dijo Aguilera en tono malicioso.

—No es eso, —contestó Guerrero—. Quiero espantar al diablo no más.

—¡Echele Juanito! que el que se mete con el condenado ése, tiene que cargar su cruz como hombre —filosofó Campos.

—Así me gusta, Campitos, siempre tan entendido en las cosas de la vida, —agregó Guerrero, más entonado por el alcohol.

Mientras tanto la guitarra seguía lanzando algunos sonos y varias vo-

ces dispersas trataban de seguirle el ritmo. Los compases penetraron poco a poco el espíritu de Guerrero, aligerando su pesadumbre. Sentía cómo sobre el recuerdo de doña Cenobia empezaba a deslizarse el tiempo, borrando el angustioso presente, para realzar una estampa que se perfilaba como evocación de un pasado que lentamente se alejaba y desde donde surgía el ánima distante, proyectándose como inspiradora compañía.

Poco a poco las voces se unificaron y entonces se oyó más claro:

Llorando a la finada  
el viudo se consumió

pero ella tan atinada  
con vino lo consoló.

Al atardecer casi toda la hacienda había acudido al velorio. ¡Aquello sí que era dieciocho!

El mayordomo también participaba con gran naturalidad. Para él no era extraña la aparente disparidad entre la tragedia y el jolgorio, pero el recuerdo del administrador no dejaba de intranquilizarlo, agudizándose a medida que la fiesta tomaba cuerpo. Le parecía escuchar sus comentarios sarcásticos y despreciativos:

—No ve, don Guillermo, éstos son sus protegidos: ¡Salvajes y sin

sentimientos, inhumanos, peores que las bestias!

Pensando que era mejor poner a los campesinos a salvo de las incidencias que podrían suscitarse, se acercó a Juan Guerrero para aconsejarlo. Este le pasó de inmediato el vaso de vino que tenía en la mano:

—¡Póngale trago, patroncito querido! ¡Por la Cenobia que está allá dentro y por mí, que no puedo vivir sin ella!

Don Guillermo tomó el vaso y empezó:

¿Por qué no hacen la fiesta en otra parte? —Pero su voz sonó incluso ante sus propios oídos como poco convencida.

El interpelado no lo dejó continuar, replicándole con cierta tristeza:

—¿Y por qué nos vamos a ir del lado de la Cenobia? ¿Dejarla sola a ella que era tan patriota y tan buena para la cueca? No, don Guillermo, déjese de escrúpulos y siga no más. ¡Si es por el gringo que se aflige, no le haga caso! Si ése no entiende nada. Si fuera chileno como Ud. otro gallo cantaría.

El mayordomo se sintió desarmado. No le pareció prudente insistir, pero optó por retirarse.

Traspuso el umbral de la puerta dejando atrás los sones de las animadas guitarras. En medio de la con-

fusa algarabía percibió claramente  
el adiós con que lo despedían:

¡Viva la finada, don Guillermo!

¡Viva Chile!